

mas, aquellos en que mas abundan la vida y el sentimiento: *Bruto*, la *Muerte de César*, *Zaira*. Para que la escuela francesa pudiese producirlos, fué preciso el auxilio de Shakspeare y el espectáculo de aquella Inglaterra, adonde Montesquieu decia que debia irse à pensar, mientras que en Francia habia que humillarse à vivir. La escuela francesa no habia concebido nunca la antigüedad con tanta sencillez, con tanta fuerza y naturalidad como Voltaire en estos dos dramas: se conocen la impresion que debieron causar en el ánimo del poeta los dramas históricos de Shakspeare, y el efecto de la constitucion inglesa comparada con la arbitraria monarquía de Francia. Montesquieu, herido por aquel contraste, nos guió al gobierno constitucional; Voltaire sacó de él acentos republicanos, que enardecieron las almas, conduciéndolas, en la práctica, mas léjos de lo que él se figuraba.

Esta fué la época en que Voltaire tuvo mas fe, esperanza y amor. El porvenir, aquel porvenir que debia ser el siglo XVIII, se le aparecia como un nuevo mundo, un mundo de luz y de paz, porque creía sinceramente en los pilotos que habia elegido, à saber: Newton, Locke y Bolingbroke.

Voltaire no abrazó mas que un fantasma de la verdad. Aquel deísmo que formaba entónces su fuerza no era la verdad sino un pálido reflejo de ella. Empleó el resto de su vida en conocer que solo habia abrazado porciones de verdad diseminada; volviéndose de consiguiente escéptico, mientras que en la apariencia permanecia fiel al deísmo, cuya bandera habia enarbolado tan à menudo cuando jóven, y para el que halló aun algun calor en la vejez. Hoy que podemos contemplar toda su obra, produce en nosotros dos efectos diversos: por un lado nos parece, segun se le proclama, el apóstol del deísmo, no el padre, como equivocadamente ha dicho alguno; por el otro, su deísmo no nos parece serio, no creemos en él, ni creemos que él creyese; le encontramos escéptico. Verdadero creyente no fué en nuestro dictámen sino pocos años; luego le faltó la fe, y no queriendo volver à sus pasados ídolos, se convirtió en destructor implacable, y salió victorioso con la sola porcion de verdad que poseía. No se diga, pues, que sin religion ni fe pudo Voltaire dar cima à su grande obra de demolicion, pues en el sol de la verdad hay tanta luz que bastó à Voltaire tener un presentimiento fugitivo de ella mediante el deísmo, para llegar à ser el Hércules exterminador de las quimeras.

En 1745 Juan Jacobo Rousseau escribia à Voltaire: «Hace quince años que trabajo por merecer vuestras miradas.» Deduciendo estos quince años de la indicada fecha, nos trasladamos cabalmente à aquel año de 1730, en que Voltaire, de vuelta de Inglaterra, daba à luz à *Bruto*, *César*, *Zaira* y las *Cartas filosóficas*. En 1730 tenia treinta y seis años y Rousseau diez y ocho.

Ved aquí las dos generaciones: puede, pues, decirse que si Voltaire influyó en Rousseau como una calamidad, fué en los momentos en que su genio era mas verdadero, mas puro, mas elevado, mas divino. Consideracion tan consoladora como sólida: nada sucede por acaso en el mundo de las inteligencias. Voltaire despues de aquel memorable año de 1730 no se engrandeció, no se elevó mas, se mantuvo, sí, equilibrado largo tiempo, y luego descendió lentamente, arrojando aun vívida luz como el astro del día en su ocaso. Si treinta años despues tuvo de nuevo un momento de gran fermentacion, lo debió à la emulacion algo envidiosa que excitó en él Rousseau ya hombre, aquel mismo Rousseau à quien habia despertado con sus escritos y con su gloria, cuando el hijo del relojero, filósofo mas serio y profundo que él, destinado à mayores padecimientos, vivia oscuro en un valle de los Alpes, inquieto y quejándose de su triste suerte hasta en los brazos de madama de Warens.

Sé muy bien que en ese mismo año de 1730, en que acabo de decir que la inspiracion de Voltaire era relativamente tan alta y pura, empezó à escribir el poema (*La Pucelle*) que dictó à De Maistre la sangrienta frase: *Paris le coronó, Sodoma le hubiera desterrado*. El deseo de mostrar la extension y variedad de su talento poético; la emulacion de Pope, que trataba asuntos serios y burlescos, y que habia escrito una epopeya sobre un rizo robado, hasta cierta aficion à vengarse de aquellos *Francos* (como dice Condorcet) que tan mala paga habian dado al autor de la *Henriada*; en fin, la necesidad de encontrar una forma para todas las ironías filosóficas y revolucionarias que le inspirase el espectáculo del mundo, le indujeron à emprender aquel poema. ¿Y quién sabe lo que hubiera sido este si lo hubiese acabado entónces? Pero à excepcion de algunos fragmentos escritos en aquella época, dicho poema pertenece à otra faz de su vida, faz de decadencia y abyeccion, no habiéndolo publicado hasta treinta años despues. Además de que conviene no perder de vista la mezcla que hubo en Voltaire: por un lado fe elevada, sublime, la fe en la ciencia, la fe en aquella religion imperfecta que llamaba deísmo, el sentimiento de la perfectibilidad humana, el amor à la humanidad; por el otro un escepticismo absoluto, un decidido desprecio de todas las tradiciones, el sentimiento de una radical impotencia para llegar à la certidumbre y à la verdad, el desprecio de los hombres y de sí mismo. Se parece à aquellos faros que en su movimiento circular presentan alternativamente una faz luminosa y otra oscura; resultado de encontrarse demasiado cerca y demasiado léjos de la verdad. ¡La verdad! ¿Puede el hombre lisonjearse de conocerla tan à fondo que no sienta dentro de sí los efectos del dualismo que combatía en el alma del filósofo?

Repito que en 1730 prevalecia en él la luz sobre las tinieblas; la religion del deísmo era

mas fuerte que el escepticismo. Pero con sus fuerzas y todo, Voltaire pertenecia à su época; y aquella época era una disolucion y disolucion necesaria. Las creencias se debilitaban ó desaparecian; la sociedad iba disolviéndose; prelados y reyes, nobles y plebeyos, se precipitaban en la orgia, arrojaban las coronas en el fango, rompian como ridículos juguetes; coronas, tiaras, bastones de mando, que los pueblos solian respetar en sus manos. La monarquía de Luis XIV estaba ya bastante corrompida, y su despostismo no distaba mucho de la anarquía que siguió; pero ¿hubo despues de Luis XIV? ¿Merece Luis XV tal nombre? ¿Dónde están los ministros, dónde los hombres de Estado? Exceptuando à Turgot, posterior à aquel tiempo, ¿fueron hombres de Estado los miserables cortesanos y las cortesanas que dirigian la nave del gobierno en Francia? Todo es decadencia, caos, nada en el siglo XVIII.

Ante los hombres de su época ¿qué se reprende à Voltaire? ¿La inmoralidad? Antes de él ya reinaba. ¿Formó él la Regencia? ¿Formó la corte de Luis XV? Influyó, es cierto, en los soberanos septentrionales, Catalina y Federico; pero la historia está ahí para probar que no fué él quien los echó à perder; la barbarie, fuente de espantosos delitos, reinaba entónces en aquellas córtes, como en Francia la mas refinada corrupcion.

Voltaire, superior en aspiraciones à aquel rebaño vulgar de grandes que se agitaban à su alrededor, no tenia, sin embargo, en la vaga religion que de sus maestros habia aprendido à llamar deísmo, sólida base; por lo cual vacilaba y à menudo la nube luminosa desaparecia ante sus ojos. Entónces no era mas que un destructor. ¿La culpa es toda suya? ¿no llenaba con la medida de verdad que poseía un oficio acaso necesario, útil? La vieja sociedad era fétida nube en un estanque fangoso, y era preciso que el rayo estallase para disiparla y renovar la atmósfera.

À fin de que la obra se cumpliera, no faltaron à Voltaire persecuciones que acrecian su valor, inflamaban su cólera, y producian en él esa embriaguez, ese furor ciego que los toreadores excitan en su enemigo cuando quieren atraerle al combate. Siendo aun jóven, el regente le habia mandado encerrar injustamente en la Bastilla; luego el caballero de Rohan le hizo apalear por sus criados y el cardenal de Fleury le desterró por haber querido vengar su injuria. À su vuelta de Inglaterra le acusan de ateísmo, y esto le cierra la entrada en la Academia; no se permite imprimir la *Muerte de César*, por los sentimientos republicanos en que abunda; su elegía à M<sup>lle</sup> Le Couvreur, en la que se indignaba de que se negase à esta actriz la sepultura, dió motivo à una seria persecucion; à cada instante le amenazaban con prenderle; por decreto del consejo y à instancias del clero eran suprimidas las *Cartas filosóficas*; el parlamento quemó el libro, y el

guardaséllos desterró al autor. Durante estas persecuciones, el director de policia Herault le dijo: «Aunque os empeñéis, no lograréis destruir la religion cristiana.» — *Lo veremos*, respondió Voltaire.

Existen *Memorias* escritas por el mismo Voltaire sobre su vida, desde 1735 hasta 1760, empezando por el retiro en Cirey. Este y la amistad con madama Châtelet, que duró diez y seis años, forman un nuevo período bastante distinto en la vida del filósofo.

Es evidente que quiso entónces penetrar en el fondo de lo que no habia visto, sino superficialmente, durante el viaje à Inglaterra; intentó entrar en el santuario del deísmo, que le habia parecido un templo tan augusto. La inspiracion que le impelia à estudiar metafísica, física, química, geometría, fué sin duda laudable, y produjo grandes frutos; pues aunque no llegó à ser lo que la naturaleza no le habia hecho, esto es, profundo filósofo, gran geómetra, ni excelente físico, vulgarizó à lo ménos estos conocimientos, los infiltró en el vulgo, y contribuyó así en mucha parte à fundar esa nacion instruida, ilustrada y de una curiosidad universal, que fué la Francia de fines del siglo XVIII. Pero ¿qué sucedió? Que pronto encontró los límites de su genio. Se aplicó con gusto à todas la ciencias, pero no se apasionó seriamente de ninguna.

Vanini, cuando sus jueces le echaron en cara que no creía en Dios, recogió del suelo una paja y dijo: «Esto me basta para probarme la existencia de Dios y elevarme hasta él.» Los genios dotados de entusiasmo y de profundidad se elevan así con todo; ven inexplicables maravillas en la menor obra del Altísimo, y toda ciencia, revelándoles el infinito, atraca su contemplacion. Voltaire no era uno de esos; ni Newton, su ídolo, ni Locke, otro ídolo, ni Leibnitz, à quien no comprendió, lograron despertar en él ese sentimiento de lo infinito que fija las ideas en una ciencia particular, y hace que nos remontemos à la unidad, à propósito de los pormenores mas pequeños. Estudió à sus maestros como un alumno; vió que las ciencias eran imperfectísimas, conoció los abismos que dejaban; hubiera necesitado una síntesis de todas estas ciencias, síntesis no formada aun, y se volvió escéptico. Continuó diciendo que Locke habia fijado los límites de la razon humana, y que Newton «era respecto del hombre lo que el hombre respecto del mono;» pero cuando hubo terminado aquella incursion en la ciencia, se encontró con que su religion del deísmo, y de consiguiente su moralidad, se habian disminuido en vez de aumentarse.

«Despues de dedicar algunos años à la física (dice Condorcet), Voltaire consultó sobre sus progresos à Clairaut, el cual tuvo la franqueza de responderle, que con un asiduo trabajo no llegaría à ser mas que un mediano sabio.» El modo como Voltaire habla de Leibnitz en sus *Memorias*, prueba tambien cuán poco hecho



estaba para esa ciencia de las ciencias que se llama metafísica. « Nuestra principal atención (dice) se dedicó largo tiempo á Leibnitz. Madame Châtelet nos explicó parte de su sistema... Si las ideas de Leibnitz tienen alguna verosimilitud, es menester buscarla en su libro. Pero se empieza ya á no cuidarse de lo que Leibnitz pensó. »

Es extraño semejante desprecio hácia Leibnitz, si se reflexiona que Voltaire, sin saberlo, no había tomado de sus maestros Shaftesbury y Bolingbroke, sino una especie de *imitación fraudulenta* de la filosofía leibnitziana. Este es verdaderamente el naufragio de Voltaire; pues si de Shaftesbury, de Bolingbroke y de Pope hubiera podido volver al verdadero inventor de lo que llamaba deísmo, habría sido incomparablemente mas grande. Pero ¿qué digo? Si Voltaire hubiese sido capaz por sí mismo de tal esfuerzo, excediera de los límites de la naturaleza humana, y no fuera tan solo el destructor de sistemas envejecidos. Habló, por lo tanto, de Descartes, de Leibnitz, de Espinosa, de los grandes metafísicos como aquel á quien la naturaleza había negado el sentido de la metafísica. La metafísica es la fuerza de síntesis que nos hace encajenar todos los fenómenos y remontarnos á las leyes; es la fuerza creadora, mientras que el análisis es el arma de la disolución, de la separación, de la destrucción. Voltaire no tenía mas que espíritu de análisis; cuantas veces trató de elevarse á la síntesis, sucumbió en la empresa.

Esta falta del espíritu de síntesis se ve claramente en lo que dice de sus estudios históricos, emprendidos entonces, y del modo como concibió su obra, notabilísima á lo ménos por su importancia, y que tituló *Ensayo sobre las costumbres*. « Cultivábamos en Cirey todas las artes; compuse allí la *Alzira*, *Merope*, el *Hijo pródigo*, *Mahoma*; escribí para madama Châtelet un *Ensayo sobre la Historia general*, desde Carlo Magno hasta nuestros días, cuya época elegí por haberse detenido en ella Bossuet y no atreverme á tocar un asunto tratado ántes por aquel grande hombre. Sin embargo, la *Historia universal* de dicho prelado no la satisfacía, por no parecerle elocuente y girar casi toda en torno de una nación tan despreciable como la hebrea. »

No puede negarse que Voltaire hizo dar un gran paso á la ciencia histórica; y ya que las tentativas frustradas de Vico no tuvieron eco en el mundo literario, á él despues de Bossuet (el cual fué, no su modelo, sino su iniciador) debemos el haber concebido la historia bajo un punto de vista mas vasto que los antiguos. Hume, Robertson, Gibbon salieron de su escuela; él preparó esta ciencia verdaderamente nueva, que será una de las columnas fundamentales de la doctrina dogmática del porvenir: la filosofía de la historia. Sin embargo, observemos la manera filosófica que tiene de concebir su obra. Se trata de la filosofía de la historia,

y emprende su libro como si fuese un drama ó una novela; elige la época de Carlo Magno, porque en ella se detuvo Bossuet; su vanidad no le permite tratar los asuntos tratados ántes por hombre tan insigne; y no obstante, en el fondo no está ménos descontento que madama Châtelet del Ensayo de aquel prelado. ¡Oh! no se acercaba así el oscuro Vico, atormentado por el destino humano, á la historia; el Italiano se perdía en los prolegómenos, mientras que Voltaire recorría rápidamente los siglos. Pero Voltaire se limitó á mezclar con su narración comparaciones; y el espíritu de cotejo no es el de síntesis. Bossuet había atado al género humano á una cadena providencial, formada con relación al Cristianismo. Voltaire, sin buscar nada que sustituir á la cadena de Bossuet, continúa la obra, empezando desde Carlo Magno; no se cuida de si la Providencia ó el destino ha conducido hasta allí la humanidad; porque ántes ó despues de aquella época no acierta á ver sino hechos, y estos unidos solo por el acaso.

El *Ensayo sobre las costumbres* y el *Mahoma* fueron las dos obras capitales de los treinta años que representan la edad madura de Voltaire en su vida casi secular, y se reflejan una en otra. Si Voltaire hizo mal en concebir á Mahoma únicamente como un impostor, provino de que á sus ojos el acaso era quien presidía á los destinos humanos y á la historia.

Así cada día se iba en él entibiando aquel ardor verdadero que había traído de Inglaterra; su fe en el deísmo se disminuía; el escepticismo progresaba, empezando á invadir toda su alma. Para el que comprende de dónde emana la fuerza de los hombres y en qué consiste realmente su grandeza, Voltaire era mas grande y fuerte en 1730 que en 1750; tenía mayor genio ántes que despues de sus estudios de Cirey, porque estaba en cierto modo ménos ofuscado el sentimiento de la verdad. En 1734 escribió sus *Discursos en verso sobre el hombre*, que marcan el mas alto punto de filosofía á que llegó, esto es, el deísmo, cantado ya por Pope, el deísmo epicúreo de Shaftesbury y de Bolingbroke. Su confianza en este sistema estaba, sin duda, mal fundada; pero por mucha que fuese entonces la ceguedad de Voltaire, á lo ménos su creencia le ponía en relación indirecta con la verdad, la verdad religiosa. En 1750 conoció la imperfección y el error de este deísmo; pero nada lo reemplazó en su entendimiento. Solo le quedaba el recurso de la queja, y escribió los versos sobre el terremoto de Lisboa y el *Cándido*.

*Cándido* es una legítima protesta contra el optimismo, no de Leibnitz, como dice Voltaire, sino de Shaftesbury y Bolingbroke; y es notable que, cuando se disgustó del deísmo, clamase contra Leibnitz, en vez de quejarse de sus maestros. La *Doncella de Orleans*, que concluyó entonces, denota aun mas claramente la decadencia de su genio.

En 1749 perdió á madama Châtelet, y se ligó

por algun tiempo á Federico; pero sus pasiones no armonizaron: la vanidad los aproximó y la vanidad no tardó en desunirlos. Entonces, hartos de los reyes que consentían en ser sus discípulos, despreciando las cortes, los ministros, los cortesanos, las queridas de los príncipes, superior aun en todo al vulgo, pero exhausto de ese entusiasmo generoso que había poseído en otro tiempo, imaginó hacerse independiente. Una página de sus *Memorias* nos da casi el tono de su alma en aquella época: « Á ningun católico se permite establecerse en Ginebra ni en los cantones suizos protestantes; y me halagó la idea de adquirir propiedades en el único país de la tierra donde me estaba vedado tenerlas. Compré de un modo especial y sin ejemplo en el país una heredad de cerca de sesenta fanegas, por doble precio de lo que hubiera costado junto á París; pero el placer nunca se paga demasiado caro. La casa es hermosa y cómoda; la vista amena; admira y no sacia.... Tengo otra casa mas hermosa y una vista mas extensa en Lausana; pero mi casa de Ginebra es mas agradable. En estas dos habitaciones disfruto de lo que no dan, ántes bien quitan los reyes; reposo y libertad. También disfruto lo que suelen dar, pero que no debo á ellos. Pongo en práctica cuanto he dicho en el *Mundano* :

¡Que siglo de oro es esta edad de hierro!

« Todas las comodidades de la vida en muebles, equipajes, mesa, se encuentran en mis dos pequeños palacios; una dulce sociedad de personas de talento llena los momentos que me dejan libres el estudio y el cuidado de mi salud; bienes todos capaces de hacer reventar de dolor á mas de uno de mis caros colegas literarios. Sin embargo, no nací rico. Me preguntan, cómo he llegado á crearme la posición de un arrendador general, y es bueno que lo diga, para que sirva de ejemplo á otros. He visto tantos literatos pobres y vilipendiados que me decidí á no acrecer su número. En Francia es necesario ser yunque ó martillo; yo había nacido yunque. Mi escaso patrimonio iba reduciéndose mas cada día, porque el precio de las cosas se aumentaba y el gobierno había alterado las rentas y la moneda. Conviene fijar la vista en las operaciones que el ministerio, siempre necesitado é inconstante, hace en las rentas públicas; pues siempre hay alguna de que pueda aprovecharse un particular, sin contraer obligación para con nadie; y es grato sobre todo hacer fortuna por sí. El primer paso cuesta algo, pero los demas son fáciles, y luego en la vejez se encuentra uno con un capital que sorprende; no debiendo olvidarse que el tiempo en que mas se necesita la riqueza, es este en que yo la disfruto: despues de haber vivido en los palacios de los reyes, me he hecho rey en mi casa, no obstante las inmensas pérdidas. »

¿No resalta demasiado la rivalidad con los reyes por el lado pequeño de su grandeza en

este desahogo de Voltaire? ¿No se coloca á su nivel bajo un punto de comparación trivial? ¿No respiran las palabras sensualidad y egoísmo? ¿No es evidente la codicia? ¿Se compara á un arrendador general, y cifra su felicidad en las riquezas! ¿Goza pensando que la contemplación de sus bienes de fortuna hará reventar de dolor á los literatos, sus hermanos, y la única moralidad que encuentra á su vista, es que su ejemplo sirva á otros para aprender á enriquecerse.

Diríase que Dios le envió entonces á Rousseau para realzarle á sus ojos, hacerle comprender su misión y atraerle de nuevo (valiéndose de la frase de Mirabeau) al pudor, cuando (por una coincidencia no extraña á mis ojos, pues se refiere al fondo de las cosas, esto es, á la ley de desarrollo de los grandes talentos del siglo XVIII), Juan Jacobo, aun poco conocido, le escribía: « No renunciaré jamás á mi admiración de vuestras obras. Habéis pintado la amistad y todas las virtudes como hombre que las conoce y ama. He oído á la envidia murmurar, he despreciado sus clamores y he dicho sin temor de engañarme: Los escritos que me elevan el alma é inflaman mi valor, no son producciones de un hombre indiferente á la virtud... Ofreciéndome el bosquejo de mis melancólicas fantasías, no he creído hacerlos presente digno de vos, sino cumplir un deber, y tributaros el homenaje que todos os debemos como á nuestro jefe. Por otra parte, sensible al honor que concedéis á mi patria, participo de la gratitud de mis conciudadanos, que espero se aumentará cuando se hayan aprovechado de las instrucciones que podéis darles. Hermosead el asilo que habéis elegido, ilustrad un pueblo digno de vuestras lecciones, y ya que sabéis pintar tan bien las virtudes y la libertad, enseñadnos á amarlas en nuestras costumbres como en vuestros escritos. Cuanto se os aproxime debe aprender de vos la senda de la gloria y de la inmortalidad (1). »

Rousseau no vió jamás á Voltaire, ni quiso le presentasen á él, y solo le escribió tres veces; pero debe notarse la época de esta correspondencia, pues las palabras del ciudadano de Ginebra son nuevas en el siglo, y parecen una respuesta directa á la confesión íntima de sus debilidades, que Voltaire, propietario de las *Delicias*, se hacía á sí mismo en las *Memorias* entonces secretas.

Cuando este parece cansado del camino y como desengañado de la obra divina que un día había entrevisto, viene Rousseau á recordársela; cuando Voltaire remeda á los reyes, viene el filósofo ginebrino á decirle que su reino no es semejante al de ellos; cuando aquel la echa de grande y rico señor, Rousseau le pone á la vista otra metamorfosis, y con sus escritos despierta el ardor del anciano atleta, ya próximo á bajar á la tumba. ¿Qué impor-

(1) Cartas de 1750 y 53.